

17. El Galdames

Antxon deambulaba por el puerto de Bayona buscando una embarcación que le repatriara, la ciudad francesa estaba tomada por los refugiados españoles, como todo el sudeste de Aquitania. Era un crisol de ideologías e intereses que todavía convivían pacíficamente. El olor a tierra quemada y a muerte que traía el viento del Oeste era una advertencia para los más inquietos y calmaba los ánimos de los belicosos con ganas de revancha; unos ayudaban a los huidos desamparados, otros los miraban con recelo, pero ya nadie era indiferente al conflicto vecino.

Los espías franquistas se codeaban con el Comité Republicano de Ayuda al Refugiado, con la Cruz Roja Internacional y con los agentes británicos y alemanes; decenas de arribistas y traficantes se mezclaban en las subastas clandestinas del terror, ofreciendo a ambos bandos armas y víveres de dudoso origen. Los nazis de paisano husmeaban también en los puertos para conocer la carga y el destino de los mercantes y los nacionalistas vascos trabajaban sin descanso para organizar la atención a los emigrantes y enviar a los suyos todo tipo de ayuda, desde alimentos hasta herramientas y personas... Nada ni nadie era ajeno a la guerra civil.

Un mercante dispuesto a zarpar hacia el sector republicano de la costa cantábrica no admitía ni un pasajero más, su capacidad se había rebasado, era inútil insistir, la cola se alargaba y no avanzaba.

—Coño, Antxon. Zer egitek emen?³⁰ —le preguntó un antiguo pescador de Pasajes que le había reconocido.

—Intento volver a casa. Bueno, a mi casa no, lo sé, al txoko. Quiero ayudar y estar con los míos. Llevo ya varios meses aquí y no me aguanto. Pero no hay dios que me admita —aclaró.

—Como pasajero no, desde luego. Si quieres yo puedo mediar para enrolarte conmigo como marinero, te conozco bien y puedo avalarte. —Le dio esperanzas.

A las siete de la tarde zarpó el Galdames con 176 pasajeros a bordo, un cargamento secreto de monedas acuñadas, además de otras mercancías embaldadas en sospechosas cajas de madera ordenadas en la bodega y un feliz Antxon con el corazón palpitante, ocupado en recoger la maroma de popa. Hacía mala mar, en la bocana las olas esperaban encrespadas al buque entre la escollera de Bayona y la de Anglet, y el viento del Oeste dificultaba la navegación que se avecinaba difícil.

Los alzados habían ocupado Guipúzcoa e iniciaban el avance hacia Vizcaya, la mar era la única vía para comunicar la República con el mundo libre. La marina franquista cuidaba de no entrar en aguas francesas, no quería más complicaciones, tenían pocas unidades y su objetivo era claro: evitar que la República recibiera ayuda exterior, que nada entrara en el puerto de Bilbao.

Un convoy estaba esperando para proteger al mercante que salía de Bayona hasta su destino. En alta mar se unió al buque y, en formación, entraron en aguas españolas. Llevaban las luces apagadas para evitar ser detectados por la marina nacional. Pero

30 ¿Qué haces por aquí?

en el zoco de Bayona la partida de semejante mercante no pasó inadvertida a los zorros que merodeaban la retaguardia enemiga, conocían hasta la lista de pasajeros.

Antxon trabajó en la maniobra de desatraque con su habitual buen hacer. Ya en mar abierto trajinaba en cubierta cuando se percató de los barcos que les escoltaban en la oscuridad, tanta protección no pareció gustarle demasiado. Era excesivo para un barco de pasajeros.

El Canarias era un crucero de guerra nacional, muy bien artillado con cañones de gran calibre y de largo alcance. Su objetivo era, como siempre, evitar a toda costa que los republicanos recibieran ayuda exterior, pero esta vez tenía una misión especial: debía apresar a un barco que llevaba un importante cargamento de armas procedente de México y Nueva York para la República.

La noticia de la salida del Galdames de Bayona hacia Bilbao obligó al Canarias a mirar hacia el este, hacia Francia, y, cerca del cabo Matxitxako, se topó con la avanzadilla del convoy del mercante que estaba integrado por cuatro bacaladeros requisados a la PYSBE por la Marina de Guerra Auxiliar de Euskadi (Nabarra, Gipuzkoa, Bizkaia y Donostia) y artillados con dos cañones de escaso calibre, acompañados, además, de un acorazado republicano. El crucero franquista se cebó con sus frágiles enemigos olvidándose de lo fundamental, del objetivo de su misión que era interceptar el barco cargado de armas y explosivos para la República. La pírrica victoria fue un estrepitoso fracaso táctico.

Iban muy adelantados el Donostia y el Bizkaia cuando el Canarias disparó acertando al primero. Fallecieron seis personas y, escorado por sus graves

heridas, el buque se refugió en la costa vizcaína donde las baterías impidieron que el Canarias rematara a su fácil presa. Mientras tanto, el Bizkaia en su huida encontró por azar al valioso buque cargado de armas que venía de América, el Yorkbrook, y pudo escoltarlo hasta Bermeo. Krispín y Locuras, que días antes se habían refugiado allí para reparar su pesquero, quedaron anonadados por semejante aparición.

El crucero Canarias volvió al convoy y disparó contra el mercante Galdames, Antxon no pudo evitar observar, como marinero, la destreza y maniobrabilidad del moderno buque enemigo que avanzaba amenazante. Se colocó paralelo a su presa enseñando su babor y lanzó una andanada que reventó la cubierta de popa matando a cuatro niños y a una mujer. El comandante del mercante, indefenso, se rindió enseguida para evitar una segura masacre.

Sin embargo, sus buques escolta tuvieron distintas reacciones y, mientras el Gipuzkoa huía, el Nabarra hizo frente al Canarias con sus inoperantes cañones durante una desigual batalla que duró más de una hora, ante los absortos e incrédulos pasajeros del mercante que no olvidarían jamás las heroicas escenas. Los potentes cañones del Canarias reventaron el pesquero que, a pesar de su clara inferioridad, no se rendía, hasta que finalmente los proyectiles enemigos alcanzaron y explotaron los depósitos de combustible de la embarcación.

De los cuarenta y siete tripulantes, se salvaron veinte, que fueron rescatados por su atacante, excepto el comandante y suboficial del Nabarra que prefirieron hundirse con su barco. Los supervivientes fueron condenados a muerte, pero el Jefe de Tiro del Canarias –Manuel Calderón–, amigo de Franco, impresionado por la valentía de los supervivientes,

intercedió ante el Generalísimo y fueron amnistiados y liberados al final de la guerra. Este personaje fue el padrino de todos los hijos de aquellos veinte héroes en agradecimiento a quien les devolvió la vida. Ellos lo atestiguan.

El contrapunto fue el quinto barco que componía el convoy, el destructor republicano Luis Díez, que se refugió en Burdeos por una supuesta avería, sus mandos desertaron al poco tiempo. Su comandante rehuía tanto la lucha que tenía el apodo de Pepe el del puerto ya que nunca salía de él.

El mercante apresado, el Galdames, fue conducido a Pasajes. Antxon se mantuvo mezclado con los pasajeros, escondido e indeciso de presentarse como tripulación o como miembro del pasaje, la mala suerte podía condenar a unos, a otros o a todos.

—A estos se los cargan los falangistas nada más bajar —escuchó decir a unos marineros. Estaban muy recientes las masacres de unos exaltados en Bilbao que asaltaron una cárcel y fusilaron indiscriminadamente a los presos políticos. La revancha era posible.

Antxon no dudó un instante, entrando a Pasajes, cuyos fondos conocía muy bien, se abrió paso entre la gente que se asomaba inquieta en cubierta por babor, se quitó con los pies los zapatos y, como un felino saltó al vacío. Se escucharon varios disparos y consta en el libro de a bordo que un miembro de la tripulación del mercante Galdames fue abatido cuando intentaba escapar saltando por la borda en la entrada del puerto de Pasajes.

Horas después de atracar se procedió a los fusilamientos de parte de la tripulación y de los pasajeros.

